

porque nuestros jóvenes generalmente están curtidos por el aire del mar.

—Os doy gracias por ese detalle, que desvanece todas mis dudas... Son las siete—añadió consultando su reloj;—esperaré una hora y me anunciaréis á esas señoras.

—No las encontraréis, caballero.

—¡Cómo! —dijo Roberto palideciendo.— ¿Se han ido ya?

—Ruégos me dispenséis por no habérslo dicho antes... Me habéis hecho varias preguntas á las que he creído debía contestar desde luego.

—¡Ah! ¿Conque se han ido?—repitió.

Y, á pesar de sus esfuerzos por permanecer tranquilo, su voz temblaba.

—¿A qué hora se fueron?—añadió.

—Apenas hace media hora.

—¿No os han dicho adónde iban?—preguntó violentándose.

—No han necesitado decírmelo. Se embarcaron enfrente de casa.

—¡Ah! ¿Se embarcaron! ¿Para dónde?

—Para Inglaterra.

—¡Cómo! ¿Para Inglaterra? El vapor que hace el servicio del Havre á Southampton sale todos los días á las tres de la tarde, si mis recuerdos no me engañan.

—En efecto, caballero, decís verdad, pero la salida de ayer no pudo verificarse por causa de una avería, y el vapor ha zarpado esta mañana.

—¡Cómo! ¿Conocían esas señoras ese retraso y lo han aprovechado?

—No lo conocían. Creo, además, que anoche, al llegar, no tenían intención de ir á Inglaterra; pero han salido muy temprano á pasear por el muelle: el tiempo era hermoso, estaba el mar tranquilo, y sin duda no han podido resistir á la tentación de hacer ese viaje... Por algunas palabras que les oí, comprendí que el mar no les asustaba y estaban acostumbradas á él.

—En efecto—dijo Roberto.—Espero—añadió haciendo un esfuerzo para no hacer visible su emoción—que mi pariente no las habrá abandonado.

—No, caballero, no. Se ha unido á ellas en el momento en que el vapor se disponía á desatracar, y han marchado juntos.

Roberto dió las gracias á la fondista por sus noticias, estuvo breve rato en el aposento que le habían preparado, almorzó ligeramente, y, después de consultar un indicador, mandó que le llevaran al camino de hierro.

XXXIX

No era con objeto de volver á París por lo que Roberto de Meillant se dirigía á la estación. Había, por el contrario, resuelto continuar su marcha y no economizar nada para reunirse con Juana Guérin.

Quizás debió haber seguido el camino que

ella había tomado, embarcarse en el buque que con algunas horas de intervalo seguía al suyo, y llegar á Inglaterra al día siguiente de haber ella desembarcado. Pero, persuadido de que Juana procuraba desorientarle, pensó que evitaría descansar en la pequeña villa de Southampton, donde es difícil ocultarse, y que seguiría hasta Londres en el tren combinado con la llegada de la embarcación.

Temiendo Roberto no poder encontrarla en Londres, prefería llegar antes que ella y esperarla en el andén de la estación en que debía bajar. Para obtener este resultado se dispuso á marchar del Havre á Rouen, dirigirse después á Dieppe é inmediatamente á Newhaven. Era el viaje más rápido, si alcanzaba el paquebot de Dieppe que aprovecha las horas de alta marea; pero los indicadores de los caminos de hierro le demostraban que podría llegar á tiempo.

En efecto, llegó á Dieppe después del medio día, se embarcó á las cuatro, desembarcó en Inglaterra á las diez y se apeó en Londres á las doce y media de la noche.

Sin dilación hizo algunas preguntas, y pronto supo que no se esperaba ningún tren de Southampton, y que los viajeros que habían salido en la víspera del Havre llegarían á Londres en la mañana del siguiente día.

A pesar de sus preocupaciones y de la excitación que le hacía más fuerte para soportar la fatiga, creyó debía dirigirse á un hotel y descansar algunas horas. Ya en él, pudo al menos dormir hasta las seis de la mañana. A esta hora se arrojó precipitadamente de la cama, se

vistió y corrió á la estación de Charing Cross.

El tren que esperaba llegó á las ocho. Ni Juana Guérin ni Zoé Lacassade bajaron de él.

¿Qué pensar? ¿Las dos viajeras, contra todas las previsiones de Roberto, se habían quedado en Southampton? ¿Debería ir allí á buscarlas? Pero ¿y si se cruzaba con ellas? ¿y si, mientras allí las buscaba, llegaban á Londres en otro tren? No sabiendo qué partido tomar, temiendo cometer alguna falta, preguntó de nuevo á un empleado, y éste le dijo:

—Las personas que esperáis, caballero, es posible se hayan apeado en Londres en otra estación.

—¿En cuál?

—En la de Waterloo, Bridge-station.

Tomó un coche, y algunos instantes después llegaba al punto indicado.

En Inglaterra, los empleados de los caminos de hierro, en su mayor parte, saben algunas palabras del francés, aunque en general lo hablan muy imperfectamente. A Roberto, que no conocía el inglés, le costó gran trabajo hacerse entender, y sobre todo comprender el sentido de las respuestas que le daban. Concluyó, no obstante, por adivinar que dos viajeras francesas, acompañadas de un *gentleman*, habían llegado á Londres una hora antes. Con datos tan incompletos comenzó á buscar. Corrió de hotel en hotel, se paseó por las calles más frecuentadas, recorrió los paseos públicos, interrogó á las personas que podían comprenderle, dirigiéndose también á la Policía de la metrópoli. Pero ¡ay! cuando llegó la noche no ha-

hía adelantado un paso más que por la mañana.

Al día siguiente, en el primer tren, partió Roberto para Southampton. Allí tuvo noticias más precisas.

Supo, sin que de ello le quedara duda, que Juana Guérin y Zoé Lacassade habían desembarcado en aquel puerto y pasado algunas horas en el hotel; pero habían partido en seguida, sin decir adónde iban. Suponían que se habían dirigido á Londres, pero no podían afirmarlo. El señor de Meillant, que era incansable, creyó debía volver á Londres y buscarlas de nuevo.

Las segundas pesquisas fueron tan infructuosas como las primeras, y fatigado, desanimado, desesperado, no sabiendo ya qué hacer, después de tres días volvió á París.

Así que entró en el hotel se le acercó un criado y le entregó una carta que una señora había llevado la víspera. Roberto, temblando, tomó la carta. ¡Era quizás de Juana, que le daba noticias de ella!... ¡De Juana, arrepentida, que había vuelto, quizás, antes que él!

Miró el sobre. No, no era la letra de su prima. La abrió. La carta era de Matilde.

Quando hayáis vuelto — le decía, — dignaos esperarme desde las cinco á las seis. Me veréis el día de vuestra llegada, que deseo con impaciencia.

No era ésta la carta que Roberto hubiera querido recibir; no era Matilde quien le ocupaba en este momento; pero, en su disposición de ánimo, en su aislamiento, todo era bueno para cambiar el curso de sus ideas. Se preparó, pues,

á recibir á Matilde, que no podía tardar, porque la hora indicada por ella se aproximaba rápidamente.

XL

Pronto, en efecto, la llave que había dejado en la puerta giró en la cerradura, y la marquesa de R... se presentó.

Llevaba un vestido oscuro de los más sencillos, pero cuyo cuerpo ajustado ponía de relieve los hombros, el pecho, el talle algo delgado, pero de líneas soberbias. Se quitó el velo que la cubría, y la cara apareció más pálida que otras veces, con los ojos profundamente rodeados de un círculo amoratado, la mirada abatida, los labios descoloridos y como adelgazados; mas estos cambios, lejos de desfavorecerla, daban más carácter á su belleza.

—¡Por fin estáis aquí!—dijo Matilde cogiendo la mano que le tendía Roberto.—Casi desesperaba de volveros á ver.

—¡Oh!—respondió con voz dulce, amigable;—si me hubiera ausentado por largo tiempo, lo hubierais sabido y me habría despedido de vos.

—Gracias, amigo mío—le dijo oprimiéndole la mano que tenía entre las suyas.

—¿Cómo habéis sabido mi llegada?—preguntó Roberto.

—Hace un instante que lo sé; pero yo tenía

tomadas mis precauciones para estar bien informada y veros tan pronto como llegaseis... He venido todos los días á la misma hora.

—¿No teméis, pues—dijo Roberto,—despertar sospechas... ser seguida?

—¡Ah! ¡que me sigan!—exclamó con acento singular;—que tenga sospechas... ¡poco me importa! Nada evitará que os vea.

Viendo que Roberto no respondía, le miró y le dijo:

—¿Cómo os ha ido? ¿Qué habéis hecho?

—Un viaje de negocios—respondió.

—¡Es verdad! Un viaje de negocios... ¡Y me lo decís á mí!... ¿No tenéis, pues, confianza en mi amistad? Sin embargo, si estoy satisfecha con ella—añadió con triste sonrisa,—tengo derecho á exigir que sea completa y que me digáis vuestras penas.

—¡Si no las tengo!—murmuró.

—Las tenéis, y graves... Lo veo y lo sé... ¡Sé ¡ay! tantas cosas desde hace algún tiempo!... Pero no quiero que os las calléis... Aprecio en lo que vale el sentimiento que os hace ser discreto en este instante... Os veríais obligado á hablarme de ella... Ella os preocupa, por causa de ella sufrís, y guardáis silencio por delicadeza, por bondad hacia mí.

Tomó asiento en el canapé, cerca de Roberto, y continuó:

—Hablad sin temor, olvidad mis palabras, mis manifestaciones de otras veces. Ved en mí solamente la amiga adicta, que puede y que debe oír vuestras confidencias, cualesquiera que ellas sean. Acepto, Roberto, vuestra amistad

sola, franca y lealmente, sin segunda intención. ¡Ah! Ella me ha hecho mucho bien, y le estoy muy reconocida para querer reemplazarla por otro sentimiento, para desdeñarla y preferirla á otro afecto. Yo era una imbécil desprovista de todo lo que es práctico en la vida, ignorante del bien y del mal, corrompida, viciada, perdida... Vine aquí para que hicierais de mí vuestra amante. No quisisteis, pero al mismo tiempo me tendisteis la mano y me dijisteis: *Quedaos, asociados á mí para una buena obra, y unámonos fraternalmente.* Acepté, y poco á poco, viéndoos, oyéndoos hablar, sentí que me hacia mejor, me levanté, y quizás llegaré á purificarme. Dejaos, pues, de escrúpulos para conmigo. Vos sufrís y os exijo una parte de vuestros sufrimientos; no tardéis en hacérmelos conocer, porque es posible que no tengáis razón para sufrir. Vuestras desgracias no son irremediables como las mías.

—¿De qué desgracias habláis?—preguntó mirándole.

—¡Oh!—le contestó moviendo la cabeza;—desgracias que á nadie pueden decirse, ni aun á vos mismo. Pero no es de mí de quien se trata; es de ella. La señorita Guérin no está en París... volvéis después de haberla buscado inútilmente, ¿no es así?

—¿Cómo lo sabéis?—preguntó Roberto admirado.

—¡Ah!—murmuró con voz sombría,—se lo he dicho ya, lo sé todo. Sé lo que quiero saber... y lo que quisiera ignorar.

Después de un instante de silencio continuó:

—La señorita Juana Guérin ha dejado bruscamente á París. La habéis buscado y no la habéis encontrado. Yo me obligo á deciros dónde está; me comprometo también á probaros que no es quizá tan culpable como suponéis. Decidme hasta los menores detalles de vuestra última entrevista en Châteaudun y de vuestro viaje; de ellos podré deducir la verdad. Desde que me ocupo de Blanchard —añadió con triste sonrisa,— me he convertido en un juez de Instrucción, muy hábil por mi desgracia... Pero hablemos de ella. Os escucho, amigo mío.

Por grandes que fueran los escrúpulos de Roberto para hablar de Juana Guérin con la marquesa de R..., era mayor el deseo de obtener las noticias que le prometía, para que durase por más tiempo. Además, si al principio tuvo justas prevenciones contra Matilde, los motivos ya no existían. Una franca amistad le unía á esta mujer, sobre la cual ejercía una influencia saludable que poco á poco la conducía al bien. Había tomado gusto á su obra y amaba á Matilde como se ama á un discípulo que progresa, como los apóstoles amaban á sus discípulos.

Creyó, pues, que debía darle con entera franqueza las noticias que exigía y que afirmaba le eran indispensables. Le habló primero de su llegada, seis días antes, una noche á las nueve, á casa de la señorita Guérin, de su admiración al no encontrarla y de la carta que le dirigió con Sofía Blanchard.

—¿Podéis enseñarme esa carta?—preguntó Matilde.

—Sí, vedla.

Matilde, después de haberla leído detenidamente, dijo:

—Jamás creeríais que la señorita Guérin os escribiera en tales términos. ¿No fué ése vuestro primer pensamiento?

—Sí, pero...

—Perdonad, procedamos con orden: ¿tenéis algunas otras cartas de vuestra prima?

—Sí.

—Veamos.

Comparó las letras, como Roberto las había comparado ya, y sin dudar dijo:

—Hay falsificación... falsificación evidente... al menos para mí, que conozco á la falsificadora y su habilidad.

—Como vos, he tenido ese pensamiento—replicó el señor de Meillant.—Pero olvidáis que esta carta ha sido confiada por Juana misma á Sofía Blanchard, para que me la entregase. ¿Sospecháis que esta mujer sea cómplice de alguna odiosa maquinación?

—No, por cierto—contestó vivamente.—Es incapaz de ello. ¿Pero Juana dejó probablemente la carta sobre un mueble?

—Sí, sobre una mesa del salón.

—¿Y salió en seguida?

—Salió para el ferrocarril.

—Pues bien, durante ese tiempo se ha debido cambiar la carta que os escribía la señorita Guérin con la que habéis recibido.

—¿Y por quién? ¿Cómo?... ¿Puede alguien introducirse sigilosamente en el departamento de la calle de Châteaudun?

—Probablemente... ¿Sois vos quien vió esa habitación cuando iba á alquilarse?

—No; me la indicaron.

—¿Quién?

—El joven vizconde de Champy.

—Muy bien, ya estoy enterada. Pasemos á otra cosa.

—¡Sea! dijo Roberto. — No insisto, no os interrogo; preveo que tenéis el hilo de alguna intriga tenebrosa, y dejo que la desenredéis á vuestra voluntad; pero Juana no me ha escrito una sola carta. Que ésa no la haya escrito, lo concedo, pero hay otra. ¿Por qué me ha escrito diciéndome que iba á ir por la tarde, y ha partido tan precipitadamente sin esperarme?

—Porque es joven, de imaginación viva; porque os ama ardentemente y está celosa.

—¡Celosa! ¿Qué motivos le he dado para que tenga celos?

—Ninguno, pero puede haber recibido algún anónimo. ¿Creéis que vuestros enemigos retrocederán ante tan pequeña infamia?

—¡Mis enemigos! ¿Acaso los tengo?

—Muy terribles.

Admirado, Roberto miró á Matilde, y, volviendo al solo objeto que le interesaba por el momento, dijo:

—Juana no hubiera dado ningún crédito á cartas anónimas.

—¡Concedido! Sin embargo, algunas conversaciones en su presencia, algunas calumnias hábilmente esparcidas... ¿No han ensayado calumniar á esa honrada niña?

—Sí—dijo después de un instante de refle-

xió;—sí, pero yo no había querido creer que se tratase de ella.

—Vos, que sois un hombre de juicio, un ser razonable, ¿podéis pedir á una niña que apenas conoce la vida que no caiga en ciertos lazos, que separe la verdad del error?... Pues qué, ¿no habrán excitado sus celos, no sólo con palabras, sino con hechos? ¿No le habéis dicho nunca que desde hace tres meses me veis y me recibís en vuestra casa?

—No, no me he atrevido—dijo bajando la cabeza.

—Pues bien, lo que vos no os habéis atrevido á decirle, se lo han dicho otros. Recurramos á nuestra memoria. El día de la partida de la señorita Guérin, y de la vuestra, ¿no vine yo aquí?

—Creo que sí.

—Estoy seguro de ello; yo no olvido estas cosas. Mientras estábamos en el salón, llamaron á la puerta precipitadamente.

—Sí, lo recuerdo.

—Cuando salí me esperaban en la calle, frente á la puerta del hotel.

—¿Quién?

La señorita Zoé Lacassade. La conocí por el retrato que un día, para distraerme, me hicisteis de ella. Parecía indignada, furiosa, y yo comprendí que se indignaba por cuenta de su amiga. Pero no podía prever las resoluciones que originaría esa cólera. Pensé, no obstante, preveniros al día siguiente... mas ya habíais partido.

Al decir estas palabras se acercó á Roberto,

que estaba apoyado en la chimenea, y tocándole en el brazo continuó:

—Veis que ya se explican muchas cosas... Según mi opinión, vos no podéis reprochar á vuestra prometida más que el haber desconfiado de vos, el haber dado fe á odiosas calumnias y haberse dejado arrastrar por el primer impulso. Mas yo deseo penetrar todos los misterios de esta aventura. Continuemos. Leisteis la carta atribuida á la señorita Guérin... Os resistíais á creer que la hubiese escrito... Sin embargo, como ella misma os la envió, concluisteis por creerlo. ¿Qué hicisteis entonces?

—Me lancé á su habitación y encontré en ella...

Se detuvo. Su fisonomía, sonriente hacía un instante, se obscureció de nuevo. Ella le miró, comprendiendo lo que en él pasaba y dijo:

—Encontrasteis en su habitación alguna prueba terrible contra ella, ¿no es así? Esto no es difícil de adivinar; el que se introdujo en su departamento, á fin de reemplazar una carta por otra, debió completar su obra.

—¡Ah! ¿creéis?...—exclamó.

—Creo que todo estaba preparado para separaros de vuestra prima.

—¿Con qué objeto?

—¡Ah! Eso — dijo bajando la cabeza — no lo digo, no puedo decirlo.

Y temiendo que insistiese repuso:

—Dejasteis la calle de Châteaudun, seguíais adelante, corríais al acaso... ¿Sabéis hacia que lado os dirigíais? No, ¿no es verdad? Pues bien, yo os lo diré. A las once de la noche pa-

sabais por delante de mi casa, por la calle de Monceau. Mi marido os encontró y os siguió. El me dijo que os había visto. No pudo evitar el hablarme de vos: tanto ocupáis su imaginación. Caminabais con la cabeza descubierta, de prisa, medio loco... ¡Cuánto la amáis!... ¡Es muy dichosa!

Matilde enrojeció, se detuvo un instante y continuó:

—De este modo he sabido que os sucedía una desgracia, que sufríais... Vos no podéis sufrir más que por ella. He estudiado este asunto, como estudio desde hace tres meses el asunto Blanchard.

Quizás Roberto iba á preguntarle algo, cuando ella repuso precipitadamente:

—El paseo que disteis al aire libre, esa impetuosa carrera, os refrescó la sangre. Visteis la situación más clara y os decidisteis á buscar á vuestra prima. En una estación de un ferrocarril cualquiera, un empleado os dijo que dos mujeres se parecían á las señas que dabais de la señorita Guérin y de su amiga, que habían partido en el tren anterior.

—Para el Havre.

—¿Iban solas?

—Sí; pero parecía que las seguía un hombre... un joven.

—¿Os describieron ese hombre?

—Sí... es de mediana estatura, sin barba... Sólo tiene un bigote fino, y se distingue por su aire afeminado.

—Muy bien. ¿También oiríais hablar de ese misterioso individuo?

—En el Havre, donde se hospedó, en el mismo hotel que Juana.

—Siempre con el objeto de haceros creer, si la seguís, que se había ido con él, que os engaña indignamente, que debíais renunciar á la infiel y perjura.

Y, aproximándose á él, le dijo sonriendo:

—¡Ah! ¡es muy hábil y muy malvado el joven vizconde de Champy!

—¡Como!—exclamó Roberto;—¡era él!

—Sí, él era; pero no tengáis celos. Sabed, mi querido amigo, que el vizconde es una mujer, y que esa mujer se llama Florina.

XLI

Roberto de Meillant, á pesar de la afirmación de Matilde, dudaba que el joven vizconde de Champy, á quien conocía desde el día que llegó á Francia, á quien había visto casi todas las semanas en París, fuese una mujer.

—En el Havre—dijo—le encontré por primera vez, y estaba á vuestro lado. ¿Ignorabais entonces su verdadera personalidad?

—No. Desde el día en que en Trouville se introdujo en el círculo de mis amigos, la conocí, pero fingí lo contrario; ella creyó que me engañaba.

—¿Habéis, pues, estado en relaciones con esa Florina, como vos la llamáis?

—Sí—respondió bajando la cabeza.—La Prefectura de Policía la puso á mi lado en calidad de doncella... Yo no estaba aún casada, mi existencia parecía sospechosa y creyeron conveniente vigilarme.

—¿Luego esa joven obra por cuenta de la Policía?

—No, obra por su propio interés.

—¿Por su propio interés? ¿Qué interés puede tener en ocultar á la señorita Guérin, en separarme de ella?

—¡Ay, amigo mío!—dijo Matilde;—os suplico que nada me preguntéis con respecto á eso. Nada puedo deciros. Me he interrogado á menudo, detenidamente; me he preguntado si debía deciroslo todo, si tenía derecho á descubrir los secretos, los terribles secretos que he descubierto desde el día en que me asociasteis á vuestros trabajos. No; mi conciencia me ordena callar... El asesino se descubrirá más ó menos tarde... No soy yo quien debe descubrirle.

De pie, con la mano derecha apoyada en el respaldo de un sillón, un poco inclinada, sin moverse apenas, hablaba con energía, como una inspirada.

Roberto la miraba sorprendido, admirado de sus palabras, sin atreverse á hacerle nuevas preguntas, temiendo quizás saber algo terrible. Sin embargo, después de un instante de silencio, no pudo resistir á decirle:

—¿Entonces tenéis pruebas de la inocencia de Blanchard?

—Sí—respondió con voz sorda.